40 años de la primera víctima de UCD a manos de ETA

GORKA ANGULO ALTUBE

l 9 de noviembre de 1978, dos pistoleros encapuchados de ETA-m asesinaban en Antzuola, delante de su esposa, al operario de Altos Hornos de Bergara y militante de Unión de Centro Democrático (UCD), Luis Candendo Pérez. La víctima había nacido en 1936 en la localidad orensana de Leiro y a mediados de los cincuenta llegó a Antzuola. Su biografía recuerda mucho a la de José Bajo Fernández, Pepe, el personaje principal de 'Cacereño', la novela de Raúl Guerra Garrido: inmigrante que llega ligero de equipaje a una localidad guipuzcoana en la que encuentra trabajo; vive de patrona, conoce chica en el baile del pueblo v se casa con ella, mujer de caserío, vascoparlante y con más de ocho apellidos vascos. Y después se van a vivir a esos polígonos de viviendas, siempre a la entrada o salida de localidades industriales, a poder ser en actuaciones urbanísticas segregadas. Luis Candendo se fue a vivir al barrio de la Antigua, que está saliendo de Antzuola, donde todavía en algunos portales retan a la Ley de Memoria Histórica con placas de yugos y flechas del Instituto Nacional de la Vivienda. Entre sus habitantes y el resto de los convecinos parece que no hay ni memoria ni historia, porque nadie recuerda, más bien nadie quiere recordar, a Luis Candendo

Le mataron hace cuarenta años en una tarde de noviembre con la noche caída, y la rutina de todos los días laborables: a la misma hora recogiendo en su Renault 8 el bocadillo de la merienda que le preparaba su mujer y él degustaba en la sociedad de su cuadrilla, la Danok Bat, a doscientos metros de su casa cuesta abajo. A Luis y su cuadrilla, los abertzales locales más ultras les llamaban la 'Real Sociedad' No había en esa denominación nada de fútbol, pero sí mucho del ciclo evolutivo de los crímenes etarras de la época. Todo comenzaba con los motes, continuaba con los falsos chismorreos pueblerinos que hasta hacían suyos los más incrédulos, y terminaba en esas listas, colgadas en sitios visibles o invisibles, de «chivatos», «fascistas», «enemigos del pueblo», de los que se encargaban los terroristas.

A Luis Candendo y varios amigos suyos les acusaron de «confidentes». Solía ser una invitación a marcharse, bien para depurar el censo electoral o para dejar su empleo y que lo ocupasen otros, supuestamente con más derecho por ideología o lugar de nacimiento. Candendo había sido enlace con el Sindicato Vertical franquista, algo que los abertzales locales no dejaban de recordarle. En el municipio vecino, Bergara, el alcalde era José Luis Elcoro. Era alcalde después de jurar los Principios Fundamentales del Movimiento franquista, y era hijo de Bartolo, el primer alcal de franquista de Elgueta. Nadie de los que acusaban a Candendo fue nunca capaz de recordarle a Elkoro, fundador de Herri Batasuna v 'Egin', su pasado como concejal y alcalde del Movimiento o su boina roja en Montejurra. Nadie de los que hoy hablan de la durísima represión en la postguerra en Elgueta suele recordar a Bartolomé Elcoro Arbulu, uno de sus principales responsables.

Êsto ha sido todo un clásico en la hipocresía v cinismo de la sociedad vasca: nacionalistas de todo tipo, convencidos o convenidos. siempre dispuestos a recordar el pasado franquista de los no nacionalistas o de sus antepasados, y dispuestos a olvidar y perdonar ese mismo pasado cuando se trata de sus propios correligionarios

Cuatro meses antes de su asesinato, Luis Candendo se había afiliado a UCD de la mano de Jaime Mayor Oreja, quien hace cuarenta años se dedicaba a esa misión imposible que fue la implantación del partido gubernamental en la provincia más difícil de España. Buscaba afiliados en las situaciones más inverosímiles: llegó a reunirse con un carnicero en la zona fría de la tienda. Para hacernos idea de aquello, cuatro meses después del asesinato de Luis Candendo, en las elecciones generales del 1 de marzo de 1979, con 50.551 votos, UCD consiguió un diputado en la única provincia en la que no había podido presentarse con sus siglas en 1977. En las elecciones locales, celebradas un mes más tarde, en ningún municipio guipuzcoano hubo listas de UCD. Tenían votos, podían tener concejales, pero no había candidatos dispuestos a serlo por el partido que entonces gobernaba en España y en el País Vasco estaba en la clandestinidad. A esto no fue ajeno ni el asesinato de Luis Candendo ni que la dictadura de ETA era también el régimen de miedo implantado en las urnas o las opiniones en público.

Empezaron con Luis Candendo en noviembre de 1978 y después las diferentes facciones de ETA amenazaron, secuestraron o asesinaron a afiliados o simpatizantes de UCD, en crímenes encubiertos o justificados por su militancia política. Han pasado cuarenta años y nadie ha recordado ni homenajeado a aquel hombre de UCD al que le robaron la vida con 42 años, y destrozaron la de su mujer, su hija v dos hijos. Ya no sé si es cuestión de memoria histórica o de historia memorizada, pero no estaría de más que se recuerde la historia casi épica de la militancia de UCD vasca de la que Adolfo Suárez dijo en 1980: «Si en España es ya difícil ser militante o simpatizante de UCD por las críticas que recibimos, en el País Vasco es además un acto de fe en los valores éticos que nos mueven v un acto de valor incluso físico».

ANTÓN

Según Sánchez su acuerdo con Gibraltar es un éxito sin precedentes

